



La traducción y sus discursos^{*} de Antoine Berman

Traducción del francés
John Jairo Gómez Montoya
Universidad de Antioquía
jairgo15@yahoo.es

En este texto, me propongo examinar brevemente cuáles son los diferentes “discursos” que se han enunciado acerca de la traducción. Se tratará de analizar los que ya existen y de proponer otro. El hecho de que este “nuevo” discurso se arraiga en la tradición más tradicional atenuará, así lo espero, nuestra pretensión. Conduciré esta reflexión a partir de un triple horizonte personal: como traductor de varias lenguas en diversos campos, como “teórico” que dicta seminarios en el Colegio Internacional de Filosofía (*Collège international de philosophie*) y como miembro de un organismo gubernamental francés, la Comisaría General de la Lengua Francesa (*Commisariat général de la langue française*), que desarrolla actualmente una política de la traducción.

El discurso “tradicional” sobre la traducción

En general, a los traductores casi no les gusta hablar de “teoría”. Se consideran a sí mismos como intuitivos y artesanos. Sin embargo, desde el principio de la tradición occidental, un discurso-sobre-la-traducción ha acompañado la actividad traductora. Así tenemos, a lo largo de los siglos (para citar solo los nombres más conocidos), los textos de Cicerón, san Jerónimo, fray Luis de León, Lutero, Du Bellay, Dolet, Rivarol, Herder, Humboldt, A.W. Schlegel, Goethe, Schleiermacher, Chateaubriand, Pushkin, Valéry, Benjamin, Pound, Armand Robin, Borges, Bonnefoy, Octavio Paz, etc. Ese discurso es, esencialmente, el de los traductores, incluso si coexiste, en cada época, con el de los no-traductores, que no hace más que reflejarlo y repetirlo. Lo llamo el discurso “tradicional”. Es tradicional en dos sentidos. En primer lugar, nos llega del fondo de la tradición cultural occidental. En segundo lugar, pertenece a un mundo donde la traducción se considera como uno de los pilares de la tradicionalidad, es decir, del modo de ser de los hombres, determinado por la tradición. *Traduzione tradizione*, dicen los italianos; uniendo el pasado y el presente, lo cercano y lo lejano, la traducción fecunda la cultura, la cual se experimenta como un conjunto de tradiciones.

^{*} Título del original: *La traduction et ses discours*. Centre Jacques Amyot, París, Francia. Meta, XXXIV, 4, 1989. <http://www.erudit.org/revue/meta/1989/v34/n4/002062ar.pdf>. Esta traducción es una revisión de la versión publicada en Colección Hermes, Cuadernos Pedagógicos No. 3, Medellín, noviembre de 2005. Edición del Grupo de Investigación en Traductología, Escuela de Idiomas, Universidad de Antioquia. Traducción al español y publicación autorizada por la dirección de la revista *Meta: journal des traducteurs*.

Ese discurso tiene tres características. Es, ante todo, *inconexo*: unas veces es analítico y descriptivo; otras veces es prescriptivo, lírico, especulativo o polémico; pocas veces es “teórico”, en el sentido moderno. De hecho, el primer texto “teórico” sobre la traducción es, probablemente, el de Schleiermacher, *De las diferentes maneras de traducir* (Berlín, 1821)¹.

Ese discurso es, además, de una asombrosa *escasez*: pocas obras, abundantes notas, cartas, prólogos, etc.; y si se compara este corpus con el de los textos “críticos” que la literatura, desde el Renacimiento, ha producido sobre sí misma, deberá concluirse que los traductores son muy parsimoniosos cuando hablan de su actividad. Todo ocurre como si la traducción no osara afirmarse en un modo discursivo. Sin embargo, a pesar de la escasez, ese discurso es rico, muy rico y debemos aprender a leerlo. Y a conocerlo, pues aún lo conocemos muy mal.

La tercera característica es la siguiente: ese discurso tradicional está marcado por una *disensión*, la de los partidarios de la “letra” y los partidarios del “sentido”, que siempre son la mayoría. Esta disensión (ya volveremos a ella) tiene como fundamento la doble potencialidad del traducir, y no las “preferencias” sociales o subjetivas que se podrían tener al respecto.

Frente a ese discurso tradicional, en el siglo XX se han constituido múltiples discursos nuevos sobre la traducción, que pueden ser tanto discursos “objetivos” como discursos de “experiencia”. Veamos, en primer lugar, los discursos “objetivos”. Estos son sectoriales (vinculados a disciplinas definidas) o generales (teorías generales de la traducción).

Los discursos objetivos sectoriales

Estos son, esencialmente, los de la lingüística, la poética (o semiótica) y la literatura comparada. Aquí no incluyo los discursos sobre la traducción jurídica, técnica y oral (interpretación), que son pragmáticos y, con algunas excepciones, poco sistematizados².

Los análisis que la *lingüística* le ha consagrado a la traducción son relativamente poco numerosos. Los más notables son los de Jakobson, Catford y Nida. En teoría, la lingüística afirma que la traducción es un tema esencial para ella, una operación cuya posibilidad o eventual imposibilidad la lingüística debe mostrar. Para la lingüística, la traducción consiste, *a priori*, en un fenómeno de interacción entre dos lenguas, que aquella define formalizando el concepto ordinario de traducción. Así, se llega a fórmulas como “la búsqueda de la equivalencia en la diferencia”, según Jakobson. De ese modo, la lingüística da una definición tan vasta y tan abstracta del traducir que

¹ Véase mi traducción de este texto clave en *Les Tours de Babel*, Toulouse, edit. Trans - Europ - Repress, 1985.

² Sin embargo, mencionemos, respecto a la traducción técnica, los trabajos de B. Folkart y, respecto a la traducción jurídica, los de J.-C. Gémar (Ottawa y Montreal).

omite, casi completamente, su dimensión escrita y textual, sin hablar de sus dimensiones culturales, históricas, etc. Todo eso parece remitir a cierto desinterés por un “objeto” que la lingüística persiste en incluir en su dominio, aun cuando —por casualidad— ella ha suministrado el marco categorial de los análisis semióticos y estilísticos de la traducción. ¿Por qué ese desinterés? Convendría indagar sus causas.

La *poética* considera la traducción como una forma de hipertexto o de metatexto. Si la lingüística descuida la dimensión textual del traducir, la poética descuida su dimensión lingüística. Aquí también se constata cierto desinterés, como es patente en *Palimpsestos* de Gérard Genette, cuyos análisis de la parodia, del pastiche y de la imitación son mucho más profundos que los de la traducción. De esa manera, la poética comienza solamente (siguiendo a Lotman) el estudio de las estructuras de traducibilidad y traductividad de las obras literarias, sin hablar del estudio de la estructura textual de las traducciones mismas.

La *literatura comparada*, al estudiar las interacciones de los sistemas literarios, no podía, a la larga, descuidar la traducción. Con un gran retraso, esta disciplina analiza ahora el lugar que la traducción tiene en los corpus literarios. Precisamente, es en la literatura comparada donde se encuentra, en el ámbito del saber instituido, un interés creciente por la traducción, interés que parece ausente en los lingüistas y en los estudiosos de la poética. Sin embargo, la literatura comparada considera que la traducción solo es uno de los modos de interacción textual y no puede abordar el campo de la traducción como tal, campo que rebasa, forzosamente, lo “literario”, aunque este se defina en el sentido más amplio.

Los discursos generales

Se trata de lo que hoy en día se llaman las “teorías” de la traducción. Estas tienen una base doble: la hermenéutica de la comprensión del siglo XIX (el caso de Steiner) y la lingüística (el caso de Nida, Mounin, los rusos). Esto significa, ante todo, que esas teorías nunca son autónomas; que solo son un subconjunto de un conjunto más vasto. Así, Vinay y Darbelnet incluyen el estudio de la traducción en la “lingüística aplicada”. Además, esas teorías también parten de una definición apriorística de la traducción como “proceso de comunicación interlingüística”; desde ese punto, se esfuerzan en construir tipologías y llegan, con buena regularidad, a proposiciones de orden prescriptivo y metodológico.

Muchas veces, como sucede con los discursos sectoriales, dichas teorías proceden de especialistas que no son traductores. A ello se debe el famoso hiato entre los “teóricos” y los “prácticos”: los segundos menosprecian las “construcciones abstractas” de los primeros; y estos menosprecian el empirismo mudo de los segundos. Pero esto no es lo esencial, pues esos discursos se fundamentan en el supuesto de que se puede construir *una teoría global y única del traducir*, así se trate de poesía, teatro, prosa literaria, filosofía, textos técnicos o jurídicos; de lenguas cercanas o lejanas, vivas

o muertas, orales o escritas, comunes o dialectales; de primeras traducciones o retraducciones, heterotraducciones o autotraducciones, etc. Esas teorías subestiman el hecho de que el espacio de la traducción es irremediabilmente plural, heterogéneo y no unificable. Es verdad que rechazan, con razón, el empirismo ingenuo de los traductores, para quienes ningún discurso general puede regir su actividad. ¿Pero esto significa que un concepto único podría contener —bajo pretexto de “cientificidad”— todos los modos de traducción? Y, si se pudiera lograr ese objetivo ¿en qué se basaría? ¿Cuál sería el precio?

Es cierto que otro corpus teórico sobre la traducción se desarrolla desde hace algunos años: el representado por la llamada “Escuela de Tel Aviv” (Even Zohar, Gidéon Toury) y por todos aquellos que, en diversos lugares, siguen sus ejes programáticos (como José Lambert, en Lovaina). A las teorías clásicas, dogmáticas y prescriptivas, la “Escuela de Tel Aviv” opone una teoría de la “literatura traducida” y del lugar que esta ocupa en los “polisistemas” literarios. Even Zohar y Toury rehúsan partir de un concepto apriorístico del traducir y se dedican a estudiar lo que, en uno u otro sistema literario (y cultural), se plantea como “traducción”. Así pretenden evitar el escollo de la normatividad y constituir *una ciencia de lo traducido*, que pertenezca, a su vez, a una ciencia de todas las “transferencias” interculturales. Sin embargo, podemos preguntarnos si ese saber puramente descriptivo de la traducción es, en sí mismo, suficiente. Pues tal saber, aunque evita la abstracción de las teorías clásicas, deja de lado el problema de la *verdad* de la traducción. Cuando decimos, por ejemplo, que las “verdaderas” traducciones son raras, no partimos de un concepto dogmático del traducir, sino de una experiencia de la traducción donde se trata de la verdad de *la relación con las obras*. El descriptivismo de la “Escuela de Tel Aviv” —que permite la constitución de un abundante corpus con toda la masa de lo “traducido” y sus determinaciones socioculturales—, encuentra allí su límite. Por lo tanto, sus supuestos (como los de las teorías anteriores) deben someterse a una crítica sistemática. Quizás la idea misma de una “teoría” de la traducción, así sea puramente descriptiva³, es una ilusión (ya volveremos a esto), si tomamos el concepto de “teoría” en sentido estricto, como se presenta en el campo de las ciencias. Todo discurso articulado no es una teoría.

³ Habría que ver, además, si la teoría descriptiva no implica un regreso a la normatividad. Cf. “*Les théories de la traduction et le partage des champs discursifs: fonctionnalisme et caractérisation du littéraire*” (“*Las teorías de la traducción y la separación de los campos discursivos: funcionalismo y caracterización de lo literario*”), Annie Brisset, en: *Neonelicon*, Budapest, 1986.

Los discursos de experiencia

En el siglo XX, otros dos discursos se interesan apasionadamente por la traducción, y de un modo no teórico, sino conceptual. El primero es el discurso de la *filosofía*. Por una necesidad derivada del destino moderno de sus indagaciones, la filosofía se ha interesado seriamente por la traducción, como lo vemos en Benjamin, Heidegger, Gadamer, Derrida, Serres y, en el campo del pensamiento “analítico”, Wittgenstein y Quine. Sin embargo, no se trata de una “filosofía de la traducción”, sino de un *entrelazamiento* del filosofar y del traducir, lo cual es más desconcertante. Así, el pensamiento de Heidegger es, en buena medida, un trabajo de traducción.

El segundo discurso es el del *psicoanálisis*. Este tiene un doble interés por la traducción. En primer lugar, porque el psicoanálisis está ligado a un texto fundador, el de Freud, cuyo “destino de traducción” es problemático. En segundo lugar, porque el mismo Freud definió, a veces, en términos de traducción, de *Übertragung*, de transferencia, que también significa “traducción” en alemán. No hay ni “psicoanálisis de la traducción”, ni “teoría psicoanalítica” de la traducción, sino un corpus creciente de reflexiones que se esfuerzan en profundizar el vínculo esencial que une el psicoanálisis con el traducir, en el marco de una meditación sobre el sujeto, el inconsciente, la lengua y la letra. Este corpus no puede ser ignorado, aunque su desarrollo sólo puede ser obra de los psicoanalistas.

La tradúctica

Por último, un discurso, que aún no se concibe a sí mismo como tal, se perfila hoy en el horizonte. Es tecnológico y se configura, actualmente, en la encrucijada de la teoría de la información, la teoría de la inteligencia artificial, la terminología, la lingüística y la informática. Yo lo llamo la *tradúctica*. Para este discurso, la totalidad de los procesos relativos a la ciencia y a la técnica constituyen un vasto sistema de conmutaciones, permutaciones y computaciones que es pertinente analizar en términos de traducción, en el sentido de “cambio” generalizado y formalizado en su totalidad, de “la omni-translación donde, idealmente, todo circula”.⁴ La tradúctica es (será) la teoría computacional de los procesos traductivos que rigen el área tecnológica o lo real aprehendido tecnológicamente. Los lineamientos de esta teoría se encuentran, entre otras fuentes, en las investigaciones referentes a la traducción asistida por computador y al análisis informático - lingüístico de las lenguas naturales.

Aunque la tradúctica concierne *a priori* al área tecnológica, también es claro que ya la rebasa ampliamente. Por ejemplo: el sistema de traducción asistido por computador Weidner se ha concebido, desde un principio, para traducir... la Biblia. El objetivo de la tradúctica es, evidentemente, producir un discurso teórico- pragmático referente a todos los campos de la traducción, incluidos los “literarios”. Se acerca el día en el cual

⁴ Citado en *Les Immatériaux (Los Inmateriales)*, París: Centro Pompidou, 1985.

la tradúctica se anexará, con ese fin, el estructuralismo y el funcionalismo de la semiótica. Ya en la actualidad, la informática trastorna toda la práctica de la traducción, hasta un punto que aún no sabemos apreciar.

Ahora bien, ese elemento computacional del traducir que interesa a la traducción corresponde, curiosamente, a una dimensión computacional de lo “literario” en sí mismo. Ante todo, porque un texto es un sistema que puede y debe ser objeto de procedimientos de traducción, en sí mismos sistemáticos. Pero hay otra razón: de Novalis y Hölderlin a Poe, Valéry, Musil y los poetas y formalistas rusos, la literatura misma se ha concebido como un “cálculo”. De manera que lo enunciado por la tradúctica está ligado secretamente a cierto destino *moderno* de lo “literario”.

No obstante, este nuevo discurso, en la medida en que pretende ser “científico”, está privado de reflexividad propia: no se puede pensar la tecnología en términos tecnológicos. Para hacerlo, hay que salir del “lenguaje” de la tecnología. Y esto, la tradúctica no puede hacerlo.

La traductología

Desplegar el elemento de la reflexividad para el traducir le corresponde a un discurso muy diferente. Propongo reservar el término *traductología*, aun cuando algunos ya lo emplean para designar un saber objetivo de la traducción.

La traductología es la reflexión de la traducción sobre sí misma, a partir de su naturaleza experimental. Intentemos precisar esta definición. Reflexión y experiencia son categorías sobre las cuales la filosofía no ha dejado de meditar, con Kant, Fichte, Hegel, Husserl, Benjamin y Heidegger; tampoco ha dejado de meditar sobre su unidad. Pues cuando la experiencia vuelve sobre sí misma para comprenderse y llegar a ser más plenamente “experiencia”, se convierte en reflexión. Para ser más exactos, la reflexión no es otra cosa que ese repliegue, efectuado mediante la lengua natural. Tal es la estructura “especulativa” que indaga no solo la filosofía, sino también la literatura, desde los románticos. Así se aprecia en Proust, cuando declara, a propósito de la escritura como memoria, que en ella “el poder reflexivo lo es todo”. Desde luego, este novelista parte de experiencias singulares; pero estas experiencias se universalizan mediante la reflexión de la escritura. Al respecto, Proust declara que el escritor “sólo se acuerda de lo general”⁵. Y esto se dice en el mismo pasaje de *El Tiempo Recobrado*, donde el escritor define el acto de escribir como una traducción. Para Proust, hay un vínculo entre la reflexividad y la traductividad de la obra ⁶.

⁵ *Le Temps retrouvé* (*El Tiempo Recobrado*), Pléiade, tomo III, p. 906.

⁶ Distingamos aquí *traducibilidad* y *traductividad*. La traducibilidad es una estructura *a priori* de la obra que la hace “traducible”, como la criticabilidad hace que se pueda analizarla críticamente. La traductividad se refiere al hecho de que el texto mismo es un *trabajo* de traducción. A este respecto, Pasternak habla de la “tensión traductora” de la gran prosa.

La traductología es, entonces, *la reanudación reflexiva de la experiencia que es la traducción* y no una teoría que vendría a describir, analizar y, eventualmente, regir tal experiencia.

La experiencia en la traducción tiene una *triple* dimensión.

En primer lugar, el traductor experimenta *la diferencia y el parentesco de las lenguas*, en un nivel que supera lo que la lingüística y la filología pueden comprobar empíricamente a ese respecto, ya que ese parentesco y esa diferencia se manifiestan en el mismo acto de traducir.

En segundo lugar, experimenta *la traducibilidad y de la intraducibilidad* de las obras.

En tercer lugar, experimenta *la traducción misma*, en la medida en que esta se halla marcada por dos posibilidades antagónicas: ser *restitución del sentido* o *reinscripción de la letra*. Vemos que en cada dimensión hay una estructura de disensión, que es el origen de las sempiternas controversias sobre el carácter “problemático” del traducir. La traductología pretende retomar, mediante una reflexión sistemática, esas tres dimensiones de la experiencia traductora. De esa manera, la traductología continúa el discurso tradicional donde este se detiene, es decir, en el umbral de la sistematicidad.

El discurso de la traductología ya no es un discurso sobre la traducción, sino un discurso arraigado en esa experiencia de triple disensión; no es un discurso ni “científico” ni “literario”; no reemplaza (ni pretende reemplazar) la lingüística, la semiótica, la literatura comparada, etc.; más bien, se mantiene al lado de estos saberes; es el equivalente, para la traducción, del discurso crítico que la literatura ha forjado sobre sí misma. Musil decía que la crítica estaba “tejida” a la literatura. El discurso traductológico se fundamenta en la *reflexividad originaria del traducir*.

Puesto que el dominio de las traducciones no es limitado, sino fragmentado e intersticial, la traductología no es un discurso cerrado que se ocuparía de tal campo de lo real; el dominio de la traducción no es, precisamente, un “campo”, en el sentido que este concepto adquiere en las ciencias.

La traductología rechaza, de entrada, la idea de una teoría global y única del traducir. Tal teoría solo es posible en el horizonte de la restitución del sentido. Ahora bien, esta es una dimensión real, pero secundaria, de las traducciones; es el único punto común a todas, pero el más problemático, pues oculta otra dimensión más esencial: el trabajo sobre la letra. En la medida en que es un trabajo sobre la letra, la traducción cumple un papel ético, poético, cultural e, incluso, religioso en la historia.

Las tareas de una traductología

Veamos ahora cuáles son las tareas posibles de una traductología.

La primera es negativa. Dado que —como dice Steiner— el 80% de las traducciones son “defectuosas”, conviene analizar los factores deformadores que obran en el traducir y le impiden alcanzar su ideal puro. Tal es la tarea de una *analítica de la defectuosidad y de una analítica de la destrucción*.

La *analítica de la defectuosidad* considera lo que Freud llama (para el psiquismo) “el defecto de traducción”, es decir, el hecho de que el acto de traducir nunca se realiza (plenamente), ni siquiera cuando es posible. El “defecto de traducción” reviste múltiples formas, pero es inherente a toda traducción.

La *analítica de la destrucción* tiene en cuenta que el traducir, como restitución del sentido (y siempre lo es), es un proceso de degradación de la letra de las obras. Este proceso también se manifiesta como una serie de tendencias deformadoras que obran en el transcurso de la traducción (así lo quiera o no lo quiera el traductor; así obedezca o desobedezca las normas culturales, literarias, morales, etc.). Esta destrucción no es solo negativa; también es necesaria, pues uno de los posibles vínculos que el hombre puede establecer con sus obras es, precisamente, la destrucción. Glosa y traducción son iconoclastas, como bien lo entendía Montaigne.

La *segunda tarea* de la traductología consiste en hacer explícito lo que, en la traducción, depende de algo diferente de la comunicación de contenidos y de la restitución del sentido: el trabajo sobre la letra. Este es el campo de una *ética* y de una *poética* de la traducción, en la medida en que la ética y la poesía solo existen en el “respeto” (la observancia) de la letra.

La *tercera tarea* se refiere a la *temporalidad e historicidad de los actos de traducción*. Las traducciones tienen una temporalidad propia, que está ligada a la de las obras, las lenguas y las culturas. Esta reflexión sobre el tiempo del traducir conduce a un estudio de carácter “histórico”: escribir la historia de la traducción en las áreas donde esta ha constituido uno de los factores fundamentales (aún ignorado como tal) de la conformación de las lenguas y las literaturas. Este trabajo histórico, semejante al realizado por Michel Foucault, revelará que, siempre y en todo lugar, traducción y escritura forman una unidad originaria. La paradoja central de una historia de la traducción es, quizás, que la historia misma comienza con la traducción.

La *cuarta tarea* consiste en analizar el espacio plural de las traducciones, sin confundir este trabajo con la constitución de una “tipología”, por refinada que esta sea. Ese espacio puede concebirse según ejes totalmente heterogéneos. La traducción de un libro para niños no obedece a las mismas “leyes” que rigen la de un libro para adultos; la de un texto técnico difiere de la de un texto científico, jurídico, publicitario,

comercial y, naturalmente, “literario”; a su vez, el espacio de “lo literario” es, fundamentalmente, heterogéneo y —en particular— escindido entre lo que es “obra” y lo que no lo es, a pesar de ser “literario”. Así, un texto escrito en dialecto no se traduce como un texto escrito en la lengua común; un texto escrito en francés por un extranjero no se traduce como un texto escrito en francés por un francés; una primera traducción no puede leerse como una “re-traducción”; una auto-traducción, como una “hetero-traducción”; una traducción de una lengua “lejana”, como una traducción de una lengua “cercana”, etc. Todo esto no es unificable.

La quinta tarea de la traductología consiste en desarrollar una reflexión *sobre el traductor*, pues bien se puede decir que este es el gran olvidado de todos los discursos sobre la traducción. Según estos, el traductor es un ser sin densidad, “transparente”, “apocado”, etc. Por lo demás, así se conciben y viven los traductores mismos, sean “técnicos” o “literarios”. Pero eso no es así. Se puede pensar aquí en las “biografías” de traductores como Amyot, A.W. Schlegel, Armand Robin, en los análisis de *destinos-de-traducción* donde se aclararía la relación del traductor con la escritura, la lengua materna y las otras lenguas. Que yo sepa, esta *analítica del traductor* prácticamente no existe. Así mismo, sería posible estudiar cómo aparecen, en la literatura, el traductor y la traducción; de hecho, aparecen poco; pero esa aparición, cada vez que se produce, es muy significativa.

La sexta tarea consiste en analizar por qué la traducción siempre ha sido una actividad *ocultada*, marginada, despreciada, así sea un trabajo sobre la letra o libre restitución del sentido.

La séptima tarea consiste en explorar, si se puede decir, *los bordes de la traducción*, según dos ejes.

En sus bordes “horizontales”, el área de la traducción está en contacto con otras áreas: la de la lectura, la de las “interpretaciones”, las de las transferencias y los cambios en todos los géneros, sean literarios, artísticos, científicos, et. Aquí se siente una gran tentación de construir una teoría de la “traducción generalizada” que englobaría la “traducción restringida” y los otros modos de “traslación”. A esta tentación han sucumbido el romanticismo alemán, Steiner, Serres y, en Francia, la revista “*Change*”. La tarea de la traductología consiste, más bien, en articular, sin confundirlas, todas esas áreas de transformación.

En sus bordes “verticales”, la traducción conoce un cambio de sentido metafórico, cuando llega a designar la esencia de los actos de habla, escritura, pensamiento e, incluso, de existencia. Este empleo metaforizante del “concepto” de traducción ya es constante en el discurso cotidiano, pero lo ha reforzado una larga estirpe de autores, por lo menos desde el siglo XVIII:

Hamann

*Parler, c'est traduire — d'une l'ange angélique en une langue humaine*⁷.

(Hablar es traducir — de una lengua angélica a una lengua humana.).

Marina Tsvetaïeva:

*Traduire (...) c'est refrayer la voie sur des traces que l'herbe envahit dans l'instant, mais (...) aussi autre chose. On ne fait pas seulement passer une langue dans une autre langue (le russe par exemple), on passe aussi la rivière. Je fais passer Rilke en langue russe, tout comme il me fera passer un jour dans l'autre monde*⁸.

(Traducir (...) es abrirse paso tras las huellas que la hierba invade enseguida, pero (...) es también otra cosa. No se pasa solamente una lengua a otra lengua (el ruso, por ejemplo); se pasa también el río. Yo paso a Rilke a la lengua rusa, así como un día él me hará pasar al otro mundo.).

Proust

*Il est probable que si une traduction complète de l'univers pouvait être donnée, nous serions devenus éternels*⁹.

(Si se pudiera realizar una traducción completa del universo, nos volveríamos eternos.).

Roa Bastos

*Il n'y a qu'un seul volume. Quand un homme meurt, cela ne signifie pas que ce chapitre soit arraché aux pages du Livre. Cela veut dire qu'il a été traduit dans une langue meilleure. Chaque chapitre est ainsi traduit*¹⁰.

“Es un solo volumen. Cuando un hombre muere, no significa que este capítulo es arrancado del Libro. Significa que ha sido traducido a un idioma mejor. Cada capítulo es traducido así.”¹¹

⁷ *Esthetica in nuce, Poésie*, n° 13, París, 1980, p.17; trad. J. -F. Courtine.

⁸ *Correspondance à trois*, París, Gallimard, 1983, p. 17; trad. P. Jaccottet.

⁹ *La Matinée chez la Princesse de Guermantes (La mañana en casa de la princesa de Guermantes)*, París, Gallimard, 1983, p. 580.

¹⁰ Roa Bastos, Augusto: *Moi, le Suprême*. París, Belfond, 1977. Traducción: Antoine Berman.

¹¹ Tomado de: Roa Bastos, Augusto: *Yo, el Supremo*. Bogotá, Oveja Negra, 1985, p. 427 (N.d.T.).

Ahí encontramos una metafórica vertical de la traducción que no debería ignorarse: se puede hablar de la *otra traducción* que se oculta en la traducción restringida como su núcleo más secreto.

La octava tarea de la traductología consiste en hacer una “crítica de la razón tradúctica”, es decir, en definir los límites de validez de esta. Inmersa en el movimiento imperioso de la tecnificación de la lengua, la tradúctica no puede fijarse a sí misma sus indispensables límites epistemológicos, culturales e, incluso, políticos. Esta tarea es más necesaria si se tiene en cuenta que la traducción, en nuestros días, ha entrado plenamente en el espacio de las “políticas” (y de lo político como tal).

La novena tarea consiste en definir las relaciones de la traductología, como discurso-de-la-traducción, con otros dos modos esenciales de relación con las obras: *el comentario* y *la crítica*. Esta tarea es importante, ya que la traducción se ha definido, con frecuencia, como una actividad crítica (es el *criticism by translation* de Pound) o se ha sometido a la actividad crítica (del romanticismo alemán a Steiner); además, el comentario y la traducción mantienen relaciones íntimas, como lo muestran, en el siglo XX, las reflexiones filosóficas, religiosas y psicoanalíticas.

La décima tarea de la traductología consiste en definir las condiciones de su propia institucionalización en calidad de *saber autónomo*. Se trata de precisar las condiciones de una enseñanza y de una investigación. Si consideramos que la traducción es esencial para nosotros; que a todos nos concierne; que el destino del hombre, “Babel”, es y seguirá siendo un destino-de-traducción, entonces algo así como una traductología debe existir en calidad de saber instituido, aunque este saber no conduzca a una ciencia, a una *Übersetzungswissenschaft*. Pertenecer a tal institucionalización (cuyas modalidades concretas deben definirse) lo que podríamos llamar *la educación-para-la-traducción*. La instauración de tal educación, de tal *paideia* traductiva¹² debería, a su vez, modificar la condición de la traducción en nuestra cultura, la figura del traductor y, naturalmente, todo lo que hoy pretende ser *enseñanza práctica* de la traducción.

La undécima tarea de la traductología se refiere al vínculo que toda reflexión sobre la traducción mantiene con *la tradición-de-la-traducción* particular a la cual esa reflexión pertenece, aun cuando su ambición sea constituir un discurso “universal”. La manera como aparece la problemática de la traducción no es la misma en la tradición francesa que en la tradición alemana, anglosajona, rusa, española o —a *fortiori*— del lejano oriente. No es la misma en un “pequeño país” cuya lengua es únicamente nacional, que en un gran país cuya lengua es transnacional y cuyo espacio es, a menudo, plurilingüe, etc.

¹² Que nuestra época se encamina hacia tal *paideia*, lo atestiguan las creaciones del *Colegio Europeo de Traductores* de Strahlen (Alemania Federal), del *Colegio Internacional de Traductores* de Arles y, en diversos lugares, de numerosos “centros de investigación” sobre la traducción. La traductología no es otra cosa que la reflexión que viene a sostener y esclarecer (al mismo tiempo que ella se desarrolla y se profundiza) la actividad de esos centros y colegios.

A la traductología le incumbe, pues, concebirse como un discurso histórica y culturalmente situado y estudiar, a partir de esa situación —de *su* situación—, los otros discursos sobre la traducción. Así, tras las teorías de Nida se perfila una problemática de la traducción propia del espacio anglosajón; tras un texto de Efim Etkind, una problemática propia del espacio ruso; tras las reflexiones de Yebra, una problemática propia del espacio hispánico; tras las construcciones teóricas y las prácticas de Octavio Paz o de Haroldo de Campos, una problemática latinoamericana de la traducción, etc. La traductología siempre está ligada al espacio lingüístico y cultural al cual pertenece, y es muy evidente que los grandes ejes de reflexión que hemos propuesto aquí radican, aunque sea para impugnarla, en la tradición francesa de la traducción. Esto no le resta nada a su universalidad, sino que plantea la necesidad de un diálogo entre las diferentes tradiciones de reflexión sobre la traducción. En el fondo, esto también es válido para la literatura, el pensamiento, el teatro o el psicoanálisis.